

como especulación mercantil con los servicios ambientales), pero la capacidad de adaptación del sistema no debe ocultar que en la terca diversidad sacionatural está el enterrador del mercantilismo absoluto.

En el último capítulo del libro, Díaz-Polanco retoma el tema de la diversidad en tesitura política. Si bien reconoce, como Eric Hobsbawm, que sumando particularismos no se llega al proyecto unitario de las izquierdas, reivindica sin embargo las luchas identitarias dentro de un nuevo universalismo.

Enfatiza, también, la validez de las banderas autonómicas y la pertinencia de las prácticas que a nivel local o regional combinan la autodeterminación política con la autogestión social y económica. Pero, a diferencia de los localismos y particularismos de facto que le dan la espalda al sistema y de los antiestatismos teóricos que dejan de lado la política y las cuestiones del poder, Díaz-Polanco reivindica un modo distinto de hacer política y también “las nuevas formas de poder popular que desafían al poder estatal vigente” (p. 208).

Y encuentro aquí un punto más de acuerdo con Díaz-Polanco. Coincidencia que se me muestra al final de su texto pero que no es la última: frente a la fórmula de John Holloway según la cual se puede “cambiar el mundo sin tomar el poder”, Héctor sostiene que “hay que tomar el mundo para cambiar el poder”. Yo agregaría que en este trance algún día habrá que tomar el poder, pero evitando que el poder nos tome a nosotros.

ARMANDO BARTRA

Francisco Zapata (comp.), *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, México, El Colegio de México, 2006, 495 pp.

Cuando estamos inmersos en los efectos de los procesos de la globalización y del multiculturalismo, ampliamente conocidos, este libro nos sitúa ante uno de los procesos socio-político-culturales más interesantes de la historia de Chile y de América Latina por un lado, y por otro ante una de las tres personalidades más mitificadas por la izquierda y por las fuerzas progresistas nacionales: Salvador Allende. Los otros dos personajes son Balmaceda y Aguirre Cerda.

Es una obra que nos introduce en un rasgo de nuestra idiosincrasia: la complejidad de la conducta del pueblo chileno. Y este laberinto psicossocial nos lleva a uno de los enigmas que muy certeramente apuntó Miguel de Unamuno: nuestra historia a veces ha sido superior a sus historiadores.

El libro que sirve de pretexto a esta reseña, precisamente, nos enfrenta a la dificultad de comprender el periodo en toda su fuerza integradora, pues constituyó el último jalón de varios procesos acumulativos que desembocó en los tres años del gobierno de la Unidad Popular.

Su lectura nos ofrece tesis, testimonios, formulaciones hipotéticas, que se refieren a la riqueza de este trozo de la historia que era parte inexorable del *continuum* mencionado. Podrá estarse de acuerdo con las argumentaciones o en disonancia con determinadas aproximaciones; o bien, echar de menos algunas páginas que dieran cuenta de modo más pormenorizado de los vínculos entre el proyecto político y el debate cultural que rodeó a la sociedad chilena y especialmente a la intelectualidad afín al gobierno de Allende (cómo olvidar los millones de ejemplares de textos publicados por la Editorial Quimantú, de todo género, cuando el libro era estimado socialmente, y constituíamos, después de México y Argentina, el país con más producción editorial), o de la irradiación latinoamericanista conjuntamente con determinados nudos tradicionales de la política exterior de la Unidad Popular (es imposible no evocar el recibimiento de las muchedumbres a Allende durante su periplo por el continente, en el que defendió las claves de una secular política exterior: intangibilidad de los tratados, no intervencionismo y solidaridad latinoamericana; como también la cercanía, el sentido de pertenencia del país al mundo latinoamericano), o del proyecto educacional, la Escuela Nacional Unificada, que condujo a una fuerte confrontación con la Iglesia católica, presidida por el cardenal Raúl Silva Henríquez, donde no se puede obviar el prestigio y el ascendiente del pastor, en materias sociales, como la redistribución de las tierras de la arquidiócesis de Santiago antes de la reforma agraria, o la redacción de documentos eclesiales de suyo interesantes, como, por ejemplo, "Evangelio, política y socialismos. Documento de trabajo propuesto por los obispos de Chile, 27 de mayo de 1971", que fue el texto más traducido y debatido de un episcopado latinoamericano; y, obviamente, cómo no reparar, *ex post*, en el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, en la defensa ineludible de los derechos humanos en nuestro país, simbolizada en la Vicaría de la Solidaridad.

Pero el libro nos conduce a un Chile que desapareció en su totalidad. A un pretérito que se ha querido mutilar o negar precisamente por la potencialidad de pensar el país de modo colectivo. Una época que en los años sesenta vio cómo el pueblo, depositario de la soberanía nacional, expresó su voluntad de cambiar la forma de manifestarse en los cauces institucionales consabidos. Un tema que levanta el prurito de los constitucionalistas: sólo el pueblo es capaz de cambiar incluso las reglas del juego democrático. Y en esto consistió, ni más ni menos, el programa de la Unidad Popular. Un proyecto que presentaba no sólo el boceto de una nueva sociedad, demar-

caciones en la economía, sino también el almacén jurídico del Estado. Y el tema de fondo era: si el pueblo es el titular del poder político, sólo él lo puede cambiar. En este caso, por la vía democrática donde el pueblo quedó dividido. El sector que apoyó a la Unidad Popular no logró contar con el requisito de la institucionalidad democrática: ser mayoría.

La obra se centra en varios trabajos en torno al periodo de Allende y deja fuera lo ocurrido posteriormente. Y esto nos permite contar con la ventaja del historiador de conocer tanto los acontecimientos y procesos que sirven de *antecedente* al periodo de la Unidad Popular como el *consecuente* del fracaso del proyecto y la implantación de la dictadura militar, y su institucionalidad en el denominado, por Carlos Huneeus, régimen de Pinochet, otra “singularidad” en la historia de nuestro país.

Teniendo como telón de fondo estos prenotados, mi lectura de este libro aborda siete puntos:

1. La obra se centra en traer a la memoria histórica a la Unidad Popular, o sea, rescatar esos tres años no sólo como una fuente textual sino como una vivencia colectiva registrada por sus actores. Experiencia que nos traslada a momentos en que los soportes y las explicaciones de su programa no estaban en el plano de lo científico-tecnológico, sino en el campo de las ideologías, en el de las representaciones de la vida cotidiana, lo cual calaba más profundamente en el ámbito de lo imaginario: se trataba de ser partícipe de modo subjetivo y colectivo de un proceso que apuntaba a crear una sociedad más justa e igualitaria. Es evidente que esto que formaba parte de la búsqueda de vida buena, léase la felicidad, se aparta de los tecnicismos y de la racionalidad instrumental actual que procura no ya caminar en pos de la utopía, o del sueño diurno –como llamaría Ernst Bloch a esta clase de proyectos–, sino de ser un buen hedonista, en una sociedad del consumidor-ciudadano (que no tendría nada de malo *per se*, si no se tradujera en la claudicación de venturar un mundo mejor, de buscar colectivamente aquella función homeostásica, que cumple todo imaginario colectivo, y ser activos protagonistas de una sociedad más humana). De ahí que el periodo que trata el libro sea una ventana no tanto hacia el pasado sino a la función del imaginario colectivo que se vivió intensamente y del cual nuestra sociedad hoy carece, y tiende a sublimarse o en el hermetismo esotérico, en los iconos virtuales tecnológicos, creando comunidades reales pero inexistentes en las plataformas políticas, o en miradas nostálgicas de toda índole que excluyen al pueblo sencillo. Y esto no solo en nuestro hemisferio. El proyecto de la Unidad Popular se inscribió en lo que se ha dado en denominar las plataformas ideológicas de las grandes catedrales.

2. El triunfo de Allende fue la culminación del proceso sociopolítico popular que había jalonado el siglo XX. El perfeccionamiento de lo reali-

zado desde 1925. Realidad e imaginario colectivo a la vez. Refiere Joan Garcés en el prólogo del libro de marras: “El proyecto nacional del gobierno de Allende consistía en desarrollar la soberanía popular, las libertades, la democracia participativa y la igualdad social mediante la transformación del sistema socioeconómico. Promovía, asimismo, [...] la integración de América Latina en una perspectiva emancipadora respecto de Estados Unidos y su intervencionismo” (p.13). Esto no sólo en el plano interpretativo ideológico sino en lo que podía constituir la peculiaridad histórica de la república: el único frente popular exitoso a nivel mundial (los otros dos, el español y el francés, se vieron truncados, el primero por la Guerra Civil, y el segundo, por el inicio de la Segunda Guerra Mundial), donde Iglesia y Estado no se vieron enfrentados; al contrario, el gesto del arzobispo José María Caro de reconocer el triunfo de Aguirre Cerda cercenó toda posibilidad reaccionaria inmediata; el último país en cortar relaciones diplomáticas con la Cuba de Castro –bajo la administración de Alessandri Rodríguez–, defendiendo el principio de no intervención, piedra angular de nuestra política exterior; el proyecto socialcristiano de Frei Montalva, el primero en América Latina y el único reconocido por Jacques Maritain, por sus realizaciones sociales, etcétera.

3. La elección de Allende en 1970 mostraba en el contexto latinoamericano y mundial la peculiaridad de Chile, muy incisiva, lo teórico, en el encuadre ideológico marxista-leninista de la conquista del poder, y también en visiones antitéticas que se entrecruzaban al coincidir en determinados hitos de la edificación republicana. Aquello reforzaba la realidad y el imaginario colectivo de la singularidad histórica de Chile. Repárese en la conocida expresión de Aníbal Pinto, de la contradicción entre la madurez política del país sólo comparable con los sistemas políticos de Europa Occidental y el subdesarrollo de las fuerzas productivas que nos ubicaba en América Latina. Nuestro sistema político era un modelo para sus contemporáneos.

Era la marcha de la sociedad en pos de una mayor integración social, de una nación que se encaminaba hacia nuevos derechos sociales, a pesar de los conflictos –cruentes e incruentos– que marcaba el paso de los sectores populares. Fue la interpretación que la historiografía y los científicos sociales elaboraron casi de consuno, donde la institucionalidad señalaba lo distintivo de lo sociopolítico del país. Era “el mito de identidad pacifista y armónica” que apostilló y cuestionó Régis Debray. En su entrevista con Allende en 1971, el ideólogo francés anotó:

Sería difícil encontrar en otro país de esta parte del mundo una burguesía precozmente constituida, segura de ella misma y expansionista, así como hallar

un movimiento obrero tan sólidamente instalado, desde comienzos de siglo, en sus posiciones de clase. Chile [se destaca] con bastante nitidez sobre el fondo latinoamericano: esta franja de tierra geográficamente loca pero históricamente razonable, porque allí las instituciones de la democracia formal y las formas avanzadas del movimiento obrero han tenido un desarrollo tan fuerte las unas como las otras. Allí, proletariado y burguesía han conseguido juntos un nivel de conciencia más elevado que en otras partes. [En ello] se podría buscar el rasgo distintivo, la originalidad de la historia chilena (p. 91).

Esto se había edificado tanto en la historiografía conservadora como en la marxista. Portales había configurado el “Estado en forma”, lo repetían tanto Francisco A. Encina como Julio César Jobet; el triunfo en la guerra del Pacífico era el reflejo de las fuerzas maduras del capitalismo y la estructuración del Estado weberiano, lo suscribían tanto Marcelo Segall como Julio Heise; la justipreciación de lo obrado por Alessandri Palma y Aguirre Cerda iba de la mano con la valoración de Luis Emilio Recabarren y de Clotario Blest; la potenciación del Estado, por Ibáñez del Campo, en 1927, bajo dictadura militar, tuvo con los gobiernos radicales su expansión como agente económico –fundamentalmente la CORFO–, y abrió definitivamente la posibilidad de mejorar la calidad de vida de los chilenos, objetivo de esta empresa colosal, que hoy se ha olvidado. En definitiva, el Estado de compromiso surgido de la Carta de 1925 era precisamente la alianza entre la clase media y la obrera para expandir los derechos sociales y económicos bajo el amparo del Estado de bienestar social. En esta convergencia de interpretaciones sobre el proceso chileno, diseminada por la educación pública, por los escritores y la literatura ensayística, auspiciada por el Estado y recibida por la sociedad civil, se fraguó este imaginario colectivo que, de tarde en tarde, se repite en tertulias.

Las voces disonantes a este imaginario colectivo provinieron del proceso social de los años sesenta. Luis Vitale reclamó la tensión –hoy acogida– entre el centralismo y el regionalismo copiapino y penquista en el siglo XIX; Gunder Frank postuló la contradicción periferia-metrópolis en las formas productivas y de mercado; en los años 80-90 se hizo trizas la figura de Portales por cuenta de Sergio Villalobos y más tarde de Alfredo Jocelyn-Holt; la guerra de Arauco se replanteó: el mito bélico nacional cedió paso a las relaciones fronterizas; nuestro ponderado sistema democrático amparado en la Constitución de 1925 fue puesto en tela de juicio: hemos tenido democracia plena entre los años 1958 y 1973, se declara para reafirmar la legitimación del modelo político actual.

Esto último, que es cierto en lo formal, y cuya crítica se hace con el procedimiento democrático de Dahl, no despeja la clave de la titularidad del

pueblo: el viejo sistema político, con todos sus vicios, tuvo en los verdaderos partidos populares –no en el nominalismo actual– representantes del pueblo (obreros, campesinos, mineros, etc.); mientras que hoy, en el hemicycle legislativo, lo característico es la ausencia de genuinos rostros del pueblo sociológico.

Queda todavía un rasgo de esta singularidad proveniente del siglo XIX: la extremada juridicidad que regula nuestras relaciones externas e internas. Neruda graficó aquello cuando señaló que una revolución en nuestro país tenía que cumplir con el procedimiento legal de ser registrada con la toma de razón en la Contraloría General de la República*. El actual embajador de Chile en Argentina, Luis Maira, ha recogido este imaginario al indicar que Chile está muy apegado al marco legal, mientras que hay otros países que no son muy estrictos en observar convenios o tratados. A propósito del tratado gasífero con Argentina.

4. La valoración creciente del rol del Estado. Esto, no sólo en relación con sus realizaciones en el periodo anterior al 73 sino también con la confluencia ideológica de tres matrices que defendieron su papel: el nacionalismo tanto de izquierda como de derecha, que incluía a sectores del socialismo y del ibañismo, a la vez que a los seguidores de Jorge Prat; el marxismo-leninismo y el pensamiento socialcristiano de la Falange Nacional.

La constatación de la debilidad industrial del país, del nivel de las inversiones capitalistas criollas y el área operativa de éstas, de los agudos conflictos sociales urbanos y –de modo soterrado– rurales, significó establecer, a partir de la Carta de 1925, el importante papel del Estado, cuya implementación en los lustros siguientes dio forma al Estado de bienestar social. Para los sectores desposeídos y para el imaginario colectivo fue hacer del Estado no sólo la entidad que reflejaba los intereses nacionales y de las grandes mayorías, sino también el vehículo que posibilitaba la movilidad social, la cohesión social, más allá de las formas represivas que adoptaron varios gobiernos con respecto al movimiento obrero. Fue aquí donde el pueblo visualizó la fuente de sus beneficios sociales; lo que, junto con la expansión de su rol como agente económico, reforzó su lealtad al “solucionador” de toda la problemática socioeconómica. Esto articuló la proyección de la mirada socializante del Estado ante la sociedad.

Repárese, por ejemplo, en que la fuerza de este Estado-nación fue tal que las demandas de los pueblos originarios quedaron absorbidas por las políticas públicas hacia los pobres. El Instituto Indígena creado por Allende no avanzó más allá de este amparo.

* En Chile, todos los actos gubernamentales (decretos, nombramientos, etc.) deben ser evaluados jurídicamente por la Contraloría General de la República. Esa evaluación lleva el nombre de “toma de razón”. [Nota del editor.]

Unida a este imaginario iba la acción universitaria pública (las sedes regionales de la Universidad de Chile, de la Técnica del Estado); el prestigio de nuestra medicina social, con Cruz Coke y con Allende; las comisiones en América Latina, que forjaban las redes universitarias de varios países del continente; lo mismo ocurría con las comisiones castrenses.

Habrà que acotar que el fuerte clientelismo político en la administración pública y la sólida representación popular en el parlamento fueron datos que el pueblo almacenó. Empero, desde mediados de la década de los cincuenta, el Estado de bienestar social mostró los signos de una crisis. Junto a esta realidad emergió el respeto al Estado de derecho. Materia que se heredó en los lustros siguientes.

5. Los sesenta fueron, como lo expusiera Alan Angell, los años de los grandes proyectos utópicos o de las así denominadas por Mario Góngora plataformas globales excluyentes. Aquello significó plantear críticamente el cansancio respecto de las satisfacciones postergadas y exigidas por la sociedad civil. Y, en esto, el pueblo tuvo que pronunciarse por las opciones tecnocráticas de Alessandri, cuyo soporte era la revalorización de la iniciativa particular y de la propiedad privada, replanteada la función del Estado; de Frei Montalva y de Tomic, centrada en una acción del Estado en la modalidad de la autogestión empresarial o de las cooperativas en el agro, fortaleza estatal en la minería y en las industrias; y de Allende y la Unidad Popular, una vía hacia la construcción del socialismo mediante la profundización de la democracia social.

Importa destacar en estos proyectos a dos actores sociales, gravitantes en las plataformas políticas ofrecidas: los trabajadores y los jóvenes.

Interesante en este *continuum* histórico fue la teorización del jesuita Roger Vekemans, en el gobierno democristiano, de la "marginalidad" como categoría envolvente que aunaba a los excluidos de la política: el acento fue puesto en los campesinos vinculados al inquilinaje, liberados por la reforma agraria de 1967, y los sectores que vivían en poblaciones callampas, asistidos mediante la Promoción Popular. Con la Unidad Popular se subrayó el papel de la "clase trabajadora"; se enfatizó el rol del proletariado en la toma de conciencia social. Empero, se hacía notar que asociar a la clase trabajadora en su mayoría con el ímpetu revolucionario no era un correlato empírico, sí, la estrecha vinculación de la organización sindical con los partidos políticos populares: la singularidad chilena era entonces la profunda politización del movimiento sindical.

La mitificación del sindicalismo chileno queda en eso al comparar los guarismos de afiliación. Fueron los años de 1967 a 1973 cuando se multiplicó el número de sindicatos y la afiliación, dado que el periodo precedente a la sindicalización campesina bordeaba el 20% de la fuer-

za laboral del país. Los estudios y testimonios que trae el libro refrendan esto.

Pero cabe preguntarse, de modo crítico, cómo distinguir en el fragor de la ideologización de la sociedad los móviles legítimos de la rebeldía de aquellos espurios –pero reales– del resentimiento, como lo ha hecho notar Juan Linz en el análisis de la crisis de la democracia. Y esto durante el gobierno de la Unidad Popular y con ánimo de revancha durante la dictadura de Pinochet.

Los años sesenta vieron la eclosión de varios movimientos juveniles y generacionales a nivel mundial: el movimiento *hippie*, la rebeldía ácrata y revolucionaria del 68, la música pop y la beatlemania, los seguidores de la música contestaria, el nuevo canto: todos ellos con sus espacios de sociabilidad y con distintos compromisos, desde el “haz el amor y no la guerra” del pacifismo *hippie* hasta esa confluencia de la protesta contra la guerra de Vietnam y del rock de The Doors, etc. Como telón de fondo se escuchaba el cuestionamiento de Marcuse a la clase obrera europea, aburguesada, y el talante revolucionario en los jóvenes universitarios.

Interesante es el acercamiento de Fabio Moraga a esa dialéctica de ser joven-revolucionario, en la perspectiva de Allende. Ser joven revolucionario era ser seguidor de las tesis de Ernesto Che Guevara. ¿Cómo plantear la otra opción a los jóvenes, de la vía chilena al socialismo, manteniendo el talante revolucionario? Allende lo observa desde el ángulo institucional, la Secretaría General de la Juventud, pero también de esta forma: ser revolucionario es asumir un compromiso vital, mientras que la juventud es un criterio biológico. Entonces, ser universitario es ser joven, pero, sin comprometerse con los otros jóvenes pobres, obreros, campesinos, no se puede ser revolucionario. Lo importante no es lanzarse a una aventura ciega, espontánea –que es la crítica al modelo revolucionario del foquismo–, sino mantenerse a través de los años como revolucionario, como él lo ha sido, incluso en una sociedad burguesa como la chilena. La disputa soterrada en el Chile de la Unidad Popular, en el interior de las fuerzas progresistas, fue entre la viabilidad de la democracia social, gradual, representada por Allende, y la concreción revolucionaria, inmediata, simbolizada en Fidel.

Comúnmente se omiten las ideologías que armaron a los espíritus juveniles y apuntaron a desligarse de la convivencia nacional y socavar la democracia y el Estado de derecho: al ideario guevarista y de la teoría del foco guerrillero se opuso el tradicionalismo corporativo de Donoso Cortés y de Carl Schmitt, que abogaba por la dictadura y el “decisionismo”. A la liquidación del burgués capitalista y reaccionario, en el ideario marxista-leninista, se correspondió la categoría del “enemigo absoluto” procedente de las posturas fascistas.

La juventud quedó adherida a los proyectos excluyentes siendo parte fundamental del discurso político. Chile era entonces una nación joven. El espejo trizado de los sueños generacionales de un gran sector de la juventud fue, para otro sector, la posibilidad de insertarse en la plataforma neoliberal.

6. La paradoja de nadie sabe para quién trabaja en nuestra historia. A pesar del silencio oficial en cuanto a conmemorar los 30 años de la nacionalización del cobre llevada a cabo por Allende y la reforma agraria ejecutada por Frei Montalva, ambos procesos cambiaron definitivamente la historia económica de Chile. La reforma agraria de Frei y Allende destruyó la propiedad latifundista y el soporte oligárquico de la hacienda, institución que moldeó formas de hacer política y donde la relación de dominio del patrón delineó comportamientos sociales de los desposeídos. Tal como lo afirma José Bengoa, dicho proceso, por un lado, probó la viabilidad artesanal de los campesinos para incrementar la producción pero, más importante que esto, posibilitó, con la destrucción de la gran hacienda, la emergencia de la nueva propiedad que acogió la revolución tecnológica y los nuevos cultivos, y con ello propició la diversificación exportadora de los años ochenta. En el plano minero, proyectó el financiamiento de las fuerzas armadas hasta el presente e hizo contar al Estado con lo requerido para sus políticas públicas.

La otra lección económica fue que un país dependiente nunca es libre totalmente. El periodo en comento, como lo expone Isabel Turrent, significó el bloqueo invisible por parte de Estados Unidos y la escasa ayuda del bloque socialista, principalmente la URSS, por considerar pocos los beneficios y alto el riesgo de su apoyo a un gobierno que se planteaba como “no alineado”. La expresión de Chou En Lai, que ha recordado Diana Veneros en su biografía de Allende, es decidora: las transformaciones revolucionarias se hacen con el esfuerzo y el sacrificio del pueblo y no con préstamos. El desabastecimiento y las colas interminables del periodo de Allende alimentaron el otro imaginario de la época. Algo demoledor mirado desde la construcción de una sociedad consumista hoy en día.

7. La resituación de Allende en la memoria colectiva constituye la incomfortabilidad del modo de hacer política y la revaloración del sueño colectivo. ¿Qué es lo que se evoca con Allende en lo fundamental? El fracaso de la política económica de la Unidad Popular ha sido explicado desde diversos ángulos, pero Allende queda incólume. La figura de Allende se proyecta de modo atemporal entrando en la memoria colectiva anterior al 73. Periodo que se erige para nosotros como la “Edad de Oro”, por el protagonismo social cada vez más generalizado en todos los ámbitos, aun en la humildad de nuestro crecimiento —un 1-1.5% anual como promedio, lo que significa que el 7% anual de los años 1985 a 1997 era el equivalente a

casi todo un gobierno de seis años—, pero con una confortabilidad psicosocial que el imaginario colectivo refrenda y de la que hoy carecemos (los organismos internacionales nos sitúan entre las sociedades con mayores patologías mentales en el mundo).

Allende fue el último dirigente social y político de gran envergadura que tuvo Chile. En él se reunió la capacidad de ser líder del movimiento social y dirigente político, y como tal su paso ministerial y parlamentario fue coherente con su pensamiento y acción, con la singularidad de ser “pije”. El allendismo, como el primer freísmo, pudo constituirse en un eje transversal de aspiraciones e ideas colectivas.

El proyecto de la vía democrática al socialismo fue considerado por Kissinger más peligroso que el comunismo revolucionario de Cuba. La analogía con el sistema político europeo volvía, ahora, con la eventualidad de que los partidos comunistas más poderosos de Occidente, el de Italia y Francia, imitaran la estrategia de la Unidad Popular. Como se sabe, en el interior de esta coalición era gravitante el Partido Comunista —el tercero del mundo occidental— y señalaba un sendero innovador para alcanzar el poder político. La experiencia chilena dio soporte al eurocomunismo. Nuevamente se mostraba esa coincidencia entre la realidad y el imaginario colectivo con respecto a la excepcionalidad chilena.

Allende, en América Latina, simboliza más al pueblo continental que lo que nosotros reconocemos: ser protagonista de la historia cotidiana, la posibilidad de construir una nueva sociedad y la identificación del destino común latinoamericano. Y de nuevo la recurrencia imaginaria: si lo que representa como símbolo puede formar parte de la historia reciente, incluso a contrapelo de las tendencias actuales, o es la proyección, ahora, de la singularidad latinoamericana del viejo sueño diurno en el contexto de un mundo que discurre por otras vías.

La crisis de convivencia de 1973 puede graficarse en la fábula del alción que relata Esopo. Aquella ave del mar Egeo que, frente a las amenazas para sus huevos en tierras continentales, se dirige a las rocas de la orilla del mar a hacer su nido, ignorando que escapa de un peligro pero que otro mayor lo acecha, las enormes olas. Concluye Esopo que “ciertos hombres, desconfiando de sus enemigos, tropiezan sin sospecharlo con amigos aún más peligrosos”. El 11 de septiembre de 1973 se demostró lo acertado de esta fábula.

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ PIZARRO